

damental; y el lienzo de la siempre enigmática, festiva y a la vez, sorprendentemente escéptica cultura de Maracaibo.

A. T.

Una novela: Pin pan pun

Me dispuse a leer la novela de Alejandro Rebolledo (*Pin pan pun*, editorial Urbe, 1988) no sin cierto desdén. Un problema generacional — me digo. Superficiales y, sobre todo, efectistas. Así cualquiera escribe, Una jeva y tal, tururú, tururú, me facho un joint, y el asunto está resuelto. No hay que inventar nada, no hay que pensar en el lenguaje. Lampituvirán: la novela está servida.

Luego de haber leído 397 páginas sin pausa, después de confrontarme con el inframundo al que la novela de Rebolledo nos arroja, perplejidad es lo que mejor define mi estado de ánimo —y eso me gusta.

El libro es un círculo de capas concéntricas donde orbitan seres perdidos en una sobrevivencia vana. Un universo en el que no hay, es esencia, diferencias sociales: marginales, pequeños burgueses y burgueses patalean inmersos en un nudo de complejidades y contradicciones, interactuando, igualados en actitudes, entregados a la miseria, esclavos de sus instintos, prisioneros de sus propios deseos y carencias. Víctimas y victimarios de su destino.

Luis, el quemadito de Los Palos Grandes, secuestrador secuestrado, es el eje de una historia en la que se cruzan las de Ana Patricia Mendoza, Yetzibel, Laudvan, Alejandro Mendoza, Caimán, Tufo, Federico Mendoza, Isabella (de Mendoza), Fermín, Frank, Bróder, Juan Power, Amaranta, Andrés, Mauricio, Xaviera, Jenny, Kathy, Ricardo, Yaqui y el inspector Bermúdez. ¿Falta alguno? Un periódico, una emisora de radio y la calle, que es el sistema circulatorio de montones de relatos que convergen en el absurdo secuestro de Ana Patricia Mendoza, hija del dueño del Diario El Guardián. Rebolledo nos va llevando por el alma de cada uno de estos seres y sus circunstancias, en una historia que se va tejiendo como un mosaico en el que cada personaje es también narrador: Una estructura realmente compleja y al mismo tiempo transparente. Puede verse cada vértebra, como en una radiografía, de este cuerpo narrativo. Y también cada alveolo por el que transpiran los personajes. Sin patetismos externos, sin elementos decorativos, lo patético está dentro y no fuera. Todo es patético y punto. No hay punto de vista, no hay moral, no hay manipulación. Los personajes y los hechos están allí, y pin pan pun: no es para que nos guste o nos disguste.

Ana Patricia odia a su hermano, Alejandro, porque es un

drogadicto. No tiene sin embargo ninguna dificultad en lanzarse a una experiencia narcótica con sus secuestradores. Lloro a Manuela, su perra – más bien sufre una perrera –, después de que su hermano la ha matado a tiros, en un ataque histérico de venganza. Sale de su casa entrada la noche a buscar dónde enterrarla, pero apenas la vuelve a recordar durante la peripecia del secuestro del que luego ella misma es coautora, una vez que se ha arrojado en los brazos de su secuestrador. Cuando llega a su casa, harta de sus novios marginales, es la sirvienta quien tiene que sacar a la perra podrida de la maleta y arrojarla a la basura, mientras la joven esta cenando serenamente junto a su familia: “(Berta, la domestica) Entró recia a la cocina, como si hubiera cortado flores del jardín, y cuando Ana le pregunto horas más tarde qué había hecho con la mascota, le contestó que había puesto sus restos en un lugar bueno y en el que estaría mejor: La niña regresó a la cama con una sonrisa en la cara y se hundió de nuevo en sus dulces sueños”. Luego agrega. “Si hay cielo para los perros también debe haberlo para los humanos”.

Juan Power, el arrogante locutor de *La Sónica*, despechado y degradado por el desprecio de Yetzibel –periodista de *El Guardián* que se ha enamorado ahora del hermano de Ana Patricia–, también reflexiona: “Todo el mun-

do cae, eso lo leí alguna vez; hasta los mejores patinadores sobre hielo. Lo importante es caer y saber no hacerse daño... con gracia y con estilo. Hay caídos y caídas, unas aparatosas y ridículas, otras dignas y elegantes... Se puede decir que la mía es digna y elegante aunque esté parado frente a la casa de Yetzibel...” En el fondo todo somos iguales, parece recordarnos Rebolledo a través de sus paradójicos personajes.

Las descripciones, aunque descarnadas y en ocasiones pantagruélicas, no logran afectar nuestra sensibilidad. Ni el vómito, ni los pedos, ni los efluvios corporales, ni las descripciones procaces son tan graves como la realidad que estos acontecimientos representan. Ana Patricia vomita en la boca de Laudvan, pero han pasado tantas cosas que eso ya no nos horroriza. Es como ver el mundo después de haber visitado el Reten de Catia o La Planta. ¿Puede entonces el mundo perturbarnos?

Por eso no tiene nada de raro que Luis, muerto y todo, aunque de mentira se diga: “Me meten en el ataúd y todavía estoy consciente. Eso sí, no hay dolor ni nada. Es como un día normal, salvo que me morí”. Pero inmediatamente se despatetiza la escena: “Trancan la maldita caja y me pongo paranoico... Necesito un tabaco... se acabó la marihuana para mí”. Y luego, como para dejar constancia del más absoluto nihilismo –

que se evidencia en toda la novela-, dice: "Tierra, unas poquitas lágrimas y estoy finalmente frito. Era como creía, no hay nada más, te vas disolviendo poco a poco hasta que los gusanos se coman el último gramo de conciencia".

Esta escritura representa un regreso hacia delante para la literatura venezolana. Después de mucho tiempo nuestros autores regresan a la realidad, pero sin discursos sociologizantes (José Balza también lo hizo, de alguna manera, con *Después Caracas*).

Esta novela, desde el punto de vista literario, no es para nada inocente. Rebolledo entiende muy bien cómo se cuenta una historia. Conoce de giros narrativos y sin embargo jamás engaña al lector. Su juego es limpio, como limpia es su escritura. Luis muere cuando nadie lo esperaba. Cuando todos creían que se había redimido, que se había regenerado, pin pan pun, el mundo lo vuelve a soltar en el vacío. Pero tenía, desde que la novela comenzó, la muerte dibujada en la cara. Lo demás es Caracas: cualquier ciudad del mundo.

Maruja Dagnino

Periplo junto al apóstata

Dublín en Caracas:

A los 15 años la literatura comenzaba para mí, a pesar de la obligatoriedad de ciertas obras que necesariamente las proceden, a partir de *Cien Años de Soledad*, de *La Casa verde* o de *Tres tristes tigres*. Desde ellas, un juicio de valor trasciende y se traduce en conciencia literaria, en parámetros definidos con los cuales voy a descubrir a los clásicos, a reincidir en el siglo XIX, a transitar el camino de las múltiples propuestas y escuelas de las que gusto tanto el siglo XX, o a volver sin la resistencia, propia de la imposición de los programas educativos, a la ineludible literatura venezolana. En mi caso, no era posible pensar a *Stephan Dédalus* sin *Bustrofedón* siendo *Bustrofedón* una consecuencia de aquel *Telémaco Dublinés*. Llegue a sentir verdadero desasosiego al pensar que aquella generación de escritores del boom, pudiese dejar de escribir, me volví adicto a su producción literaria, esperaba sus novelas o sus volúmenes de cuentos con la misma expectativa que generaba la entrega de los capítulos de *El fugitivo* o de *Mr Solo*. Hoy reconozco en ello un acto de frivolidad.

También debo confesar que, un poco hijo de los tiempos y otro poco hijo de comunistas, la literatura y el ensayo político pesaban sobre la ficción; de cualquier